

La calle para el jueves tres de abril de 2008  
Diario de un espectador  
Un Óscar merecido  
por miguel ángel granados chapa

La cinta germanoaustríaca *Los falsificadores* ganó el Óscar de este año a la mejor película filmada en lengua diversa del inglés, que es el nuevo modo de hablar del mejor filme extranjero. Fue una buena decisión de la Academia de ciencias y artes cinematográficas de Hollywood, pues el trabajo del director Stefan Ruzowitsky conjuntó con fuerza los varios elementos que permiten a una proyección en la pantalla trascender al momento en que los espectadores se enfrentan a ella.

Contrariamente a quienes supondrían que el régimen nazi y el sacrificio atroz a que sometió a los judíos ha dado ya de sí, que todo está contado al respecto, la dimensión de ese fenómeno histórico, los varios factores sociales y políticos que lo componen, la riqueza humana de las sociedades a las que afectó, todo eso permite y aun obliga a seguir narrando lo que pasó entre 1933, cuando Hitler ascendió al poder, y 1945, cuando los aliados lo vencieron en el campo de batalla.

Ruzowitsky escogió un episodio real de la guerra, contado por uno de los protagonistas, para realizar esta cinta que contó con la magnífica actuación de Kart Markowics, que interpreta a un personaje al que sólo importaba su propia suerte. Cuando la policía lo detuvo en 1936, ya estaban en curso las amenazantes medidas contra el pueblo judío, que a Salomón Sorowitsch lo tenían sin cuidado. Él seguía su propia doble vida de delincuente, rey de los falsificadores, y de gozador de la vida, entregado a lujosos placeres que podía pagar con su actividad ilícita. Aunque ya preso y conducido a varios campos de concentración padece la suerte de miles de judíos como él, no desperdicia la ocasión de hacerse visible como ajeno a esas penalidades y conseguir el favor de los verdugos. Así consigue ser el supervisor de calidad de la magna operación emprendida por los nazis para ayudar a su desfalleciente economía y quebrantar la de sus enemigos, la falsificación masiva de libras esterlinas y dólares.

A veces, parecería que cobra conciencia de su indignidad. El jefe del campo donde se instaló la fábrica de billetes lo orina deliberadamente, en la cabeza y en la cara, y sobre la camisa. Pero Sally se repone siempre de sus arrebatos y aun pelea contra Burger, que después de la guerra escribiría el libro que dio pie a la película, y que durante el cautiverio se opuso a colaborar con la falsificación, procurando sabotearla. La inminente derrota alemana se puso de su lado cuando se ordenó dismantelar el gran taller de falsificación y fracasó la impresión masiva de dólares. Tan contemporizador es el rey de los falsificadores, que no lo indigna suficientemente el asesinato de Kolya, un muchacho que muere tuberculoso y por cuya salud Sally se había afanado particularmente. Su flema acomodaticia contrasta fuertemente con la furia que a ratos deja fluir Burger, un militante de la resistencia comunista contra los nazis, que había pagado sus culpas siendo recluido en Auschwitz con su esposa y sus hijos. A él se le hizo salir de ese campo de exterminio por sus habilidades técnicas —las mismas que se negaba a poner al servicio de sus verdugos—pero vendría a saber que su mujer había sido asesinada cuando pretendió huir de aquel infierno. Aunque no se sabe si también murieron de pronto aparecen en el taller dirigido por Sally los pasaportes de los hijos de Burger, que eran empleados para falsificar documentos que sirvieran a los jefes nazis.

Entre los elementos que hacen notable esta cinta la banda sonora es muy particular. Se compone de música que parece extravagante en el entorno al que sirve de fondo musical. Se compone principalmente de tangos, entre ellos dos de Carlos Gardel, *Mano a mano* y *Volver*, cuyo éxito inicial coincide con la época en que transcurre la historia.